

ACCIDENTES DEPORTIVOS

LOS PELIGROS DEL ALPINISMO

LA desgracia que costó la vida a un alpinista bilbaino, en el Gorbea, el día en que se celebró la anual Asamblea de nuestra Federación, nos mueve a hacer ciertas consideraciones que, como todas las deducidas de cualquier acontecimiento de la vida, pueden proporcionarnos muchas enseñanzas.

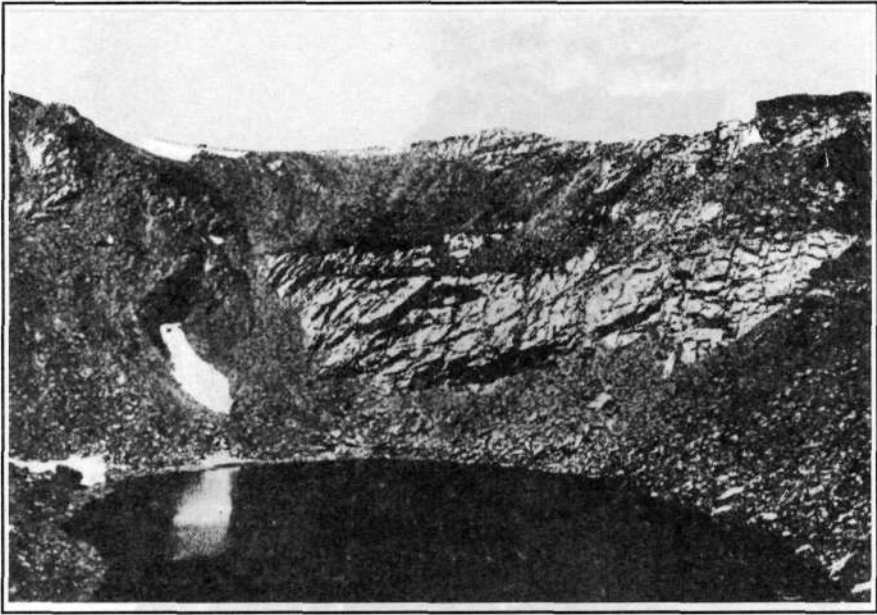
En primer lugar, el fatal accidente del infortunado Bacigalupe (q. e. p. d.), ha puesto de manifiesto, con el éxito obtenido por la subscripción abierta en favor de su familia, la fraternal unión que reina entre todos los alpinistas vascos, e, indirectamente, ha demostrado a los más escépticos la necesidad de la existencia de un organismo como la *F. V. N. A.*, sin la que no hubiera sido posible que los alpinistas de Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y Navarra hubiesen acudido, como un solo hombre, a depositar un óbolo con que aliviar la triste situación de los allegados a la víctima.

También nos enseña este desgraciado suceso los peligros que para el más experto tiene el aventurarse a recorrer de noche los caminos de montaña, por muy seguros y conocidos que parezcan, consideración ésta que nosotros quisiéramos llegase a abolir una costumbre que va haciéndose crónica entre muchos «gorbeistas» bilbainos que, ocupados en sus deberes profesionales hasta las últimas horas de la tarde del sábado, no vacilan en efectuar completamente de noche la ascensión de Villaro o Ceánuri al Refugio de Iguiriñao, llegando a éste en muchas ocasiones con necesidad de despertar a cuantos en su interior se dedican a un bien ganado reposo.

Con motivo del ya repetido accidente, ha pretendido iniciarse, por personas provistas de más pusilaminidad que de conocimiento de lo que son nuestras montañas, una campaña exaltadora de los peligros del alpinismo, que nos parece a todas luces impropcedente. Aunque yo he rechazado de plano el nombre de «colinistas» que irónicamente nos asignaba a los montañeros vascos, cierto distinguido alpinista de una región más montuosa y abrupta que la nuestra, es preciso convenir en confianza, que si no puede ascenderse a todos los preciosos montes que nosotros concursamos en automóvil, como a Gorbea y a Urbia, se llega de hecho a todas sus cimas, poco menos que sin sacar las manos de los bolsillos.

No rezan, pues, para nosotros—ni acaso para nadie—las palabras estampadas por

SIERRA NEVADA



Laguna Larga o del Calero



El Veleta, visto desde la Carihuela

Fots. Espinosa

SIERRA NEVADA



Pico del Mulhacén — Lado nordeste

Fto. Espinosa

el Dr. Mandl (1), según el cual «ningún deporte, excepción hecha de la aviación, exige del cuerpo y del espíritu tanta habilidad, resistencia y energía como las ascensiones a la montaña, practicadas como deporte; *pero tampoco ninguno es causa de tantos accidentes*».

Creemos sinceramente, a falta de estadísticas que confirmen nuestra opinión, que las víctimas ocurridas en nuestro País entre ciclistas o automovilistas, por ejemplo, no son comparables con las causadas por la montaña, que pueden contarse por los dedos.

Por lo demás, cierto es, desgraciadamente, que el alpinismo en otros países arroja un número respetable de accidentes mortales, como puede verse en las siguientes cifras que, referentes a su nación, publica von Saar, otro distinguido médico alemán:

Año.	1902	1903	1904	1905	1906	1907	1908	1909	1910	1911
Victimas. . .	70	76	72	56	98	85	108	115	109	143

Estos guarismos, sin expresión alguna de concepto, aterrorarán a todo el que tenga en cuenta el considerable incremento que el alpinismo, y en general todos los deportes, han adquirido en los últimos años. Efectivamente, el Boletín número 8 del año 1923 del Centro Alpinista Austro-alemán, señala la cifra de 180 como la de víctimas ocurridas durante el año 1922, solamente en los Alpes orientales. Ahora bien; es preciso conocer cómo ocurrieron estos accidentes, para convencerse de que mediante el auxilio de un guía experto en las excursiones difíciles y disponiendo de una elemental prudencia en todas ellas, «los peligros del alpinismo» quedan bien pronto conjurados.

En efecto; de los 180 accidentes citados, 118 corresponden a caídas de altura, 27 a los peligros de ventisqueros, hielos y nieves, 25 a accidentes fluviales de la alta montaña, debiendo añadir 10 personas desaparecidas por causas no bien dilucidadas. Observemos, además, que de los 118 accidentes por caídas de altura, 89 fueron debidas—según una estadística de Brietze— a la temeridad de los propios excursionistas, siendo 77 de dichas 118, turistas sin guía. De los 41 accidentes ocurridos a grupos con guía, en 23 casos hay que atribuir la responsabilidad a éste, en 5 no se pudo aclarar quien era el culpable y en 13 se demostró que los guías habían cumplido escrupulosamente con su deber.

A título de curiosidad hemos apuntado estas cifras, ya que a nadie se le ocultará que no son necesarios muchos argumentos para demostrar que nuestras montañas, comparables con las más bellas, nada tienen que ver, respecto al peligro que sus ascensiones encierran, con la cordillera que ha servido para confeccionar la trágica estadística precedente.

Basta para convencerse de ello examinar las causas a que, a juicio de Mandl, pueden ser achacados los accidentes alpinos. Referentes las más de ellas a contingencias que solo pueden darse en alturas muy superiores a las nuestras, o en climas muy fríos, o al mal empleo de los útiles alpinos, tales como cuerdas, piolets, crampones, completamente innecesarios para coronar las cumbres frecuentadas por nuestros montañeros, de dichas seis causas no consideraremos aplicables a nuestro alpinismo sino dos de ellas: el desprendimiento de rocas y las tempestades.

(1) Dr. Félix Mandl (de la Universidad de Viena).—*Medicina de Urgencia en los accidentes deportivos*. Interesante obra editada en Barcelona, por Manuel Marín, en 1926, a la que pertenecen varios de los datos citados en esta crónica.

Según dice el Dr. Paulke (1), la mayor parte de los desprendimientos de grandes rocas se deben al aumento de volumen que el agua depositada en las grietas de las mismas experimenta al congelarse. Casi descartada esta causa por no ser corrientes en nuestro país cambios bruscos de temperatura, ni agradarles mucho a nuestros alpinistas el practicar el montañismo en tiempo de heladas, consideraremos tan sólo los desprendimientos producidos en terrenos pedregosos por los pies de los propios excursionistas, de los que suelen sufrir las consecuencias las personas situadas detrás de la que ocasionó el desprendimiento. Sabido es que, para evitar estos accidentes, basta que los alpinistas, lejos de colocarse, como es corriente, según la línea de máxima pendiente de la ladera a escalar, se distribuyan según una curva de nivel de la misma, o en el caso de que la anchura de la ruta no consienta esta disposición, guarden entre sí las distancias que les permitan tener tiempo para ponerse a salvo de tales desprendimientos.

En cuanto a la segunda causa a considerar, las tempestades, pocos consejos hemos de apuntar que no sean del vulgar dominio. Únicamente, nos ha llamado la atención una advertencia que hace el presbítero don Jaime Oliveras, en su emocionante relación «Els llamps de les Maleides», respecto al tiempo que transcurre desde que las piedras «cantan» exhalando electricidad, hasta que sobrevienen las grandes descargas, tiempo suficiente para alejarse de los lugares altos y peligrosos. El conde de Russell, insiste sobre el mismo hecho.

Esto, es lo referente a las medidas preventivas, ya que por desgracia, y aunque se conozcan casos de electrocutados que han vuelto a la vida mediante la respiración artificial, las más de las veces no hay lugar a ninguna clase de remedios.

* * *

Nos hemos extendido más de lo que deseábamos, paciente lector, y como no es nuestro propósito el señalar las múltiples causas y remedios de los pequeños accidentes alpinos—cosa que en tantos manuales está detalladamente tratado—vamos a cerrar estas líneas, en las que no hemos pretendido sino abogar por la carencia de peligros de nuestro alpinismo, máxime cuando, por desgracia, tan poco desarrollados están en él las ascensiones a picos de difícil acceso y los deportes de nieve.

Condolámonos pues de la tragedia que pesa sobre nuestro alpinismo, pero sigámoslo practicando convencidos de los beneficios morales y materiales que nos reporta y de la exactitud de aquella máxima, premiada en un concurso del Club Deportivo de Bilbao: «Mata más la inacción en este mundo, que los percances del sport más rudo»

EL FEDERADO, 94

Del C. A. de la F. V. N. de A.

(1) *Los peligros de los Alpes*, por Zsigmondy Paulke, célebre alpinista austriaco que murió víctima de un accidente debido al deslizamiento de la cuerda, al intentar una ascensión a la Meije (Haut-Dauphiné)